

*El gran invento y otros relatos*  
*David Acrich © 2008*  
*literaria@gmail.com*

## *EL GRAN INVENTO*

Cada vez que reflexiono sobre los hechos acaecidos a mi paisano Pepe Ventura me vuelvo a preguntar qué es lo que hace que algunas personas triunfen en la vida sin esforzarse demasiado, mientras que otras se entregan con cuerpo y alma a su quehacer intelectual o físico, a su obra, y no logran el reconocimiento que se merecen. O lo que es peor, y este es el caso de Ventura, no solo que no son reconocidas, sino repudiadas. Para entendernos mejor, intentaré empezar desde el principio.

José Ventura Matallana, Pepe o Pepón entre sus allegados, andaluz de pies a cabeza, fue hasta hace poco un joven y brillante universitario. Con 21 años se ganó una beca Erasmus. Ello le daba la oportunidad de continuar su carrera universitaria en un país europeo, al tiempo que familiarizarse con las tradiciones y cultura del país de acogida, así como aprender su idioma. Quería especializarse en no recuerdo bien qué rama de la ingeniería o tecnología aplicada, lo que, en palabras sencillas equivaldría a inventar algún cacharro tecnológico que le proporcionara la estabilidad económica para el resto de sus días. Familiares y compañeros, yo entre ellos, no dudamos en augurarle un futuro seguro en su terreno, dada su capacidad, su agilidad mental, su espíritu de inventiva, su inteligencia y buen hacer. Lo que nunca comprendimos fue que entre todo los países a los que podía optar a la beca, escogiera, precisamente, el más frío de todos, casi la antípoda a su natal Andalucía: Noruega.

Sabemos que las noches invernales escandinavas, además de gélidas y aburridas, son largas, larguísimas, más largas que un espagueti queriendo ser enrollado en el tenedor por una criatura de cinco años. Pues allí, en una gélida y alejada ciudad escandinava, Tromsø, que precisamente estaba ubicada muy al norte de Noruega, en una pequeña isla 340 kilómetros al norte del Círculo Polar Ártico, había llegado nuestro querido Pepe, a la universidad ubicada más al norte de todo el globo terráqueo. Mientras cursaba sus estudios universitarios, aprendía el idioma y se empapaba de la tan desconocida idiosincrasia escandinava, se enamoró, quizás por eso de

que los polos contrarios se atraen, de una noruega de origen sami, cuyos familiares radicaban en dicha ciudad, dedicándose a la pesca y distribución del arenque. Para quien no conozca el término "sami" (o *saami*) debo explicar, tal como nos lo aclaró Pepón en su primer regreso a Sevilla, que es la población aborígen escandinava, lo que comúnmente llamamos lapones, pero el vocablo nativo es sami o *Sámit*.

No puede decirse que los estudios de Pepón hubieran sido improductivos, pero tampoco fueron viento en popa, como era de esperar de él. Descubrió que su ingenio no era para tanto. O quizás vislumbró que existían otras prioridades en la vida, como el amor, por ejemplo, superiores a la de inventar algún artilugio tecnológico. Y al final se vio metido en un barco pesquero, oliendo a arenque, con un frío que le congelaban hasta sus "mismísimos", a pesar de las pieles de focas y quién sabe de qué otras alimañas marinas que le cubrían; unas botas que le llegaban hasta las rodillas y un gorro con orejeras que a duras penas le propinaba espacio visual.

Joven, fogoso, enérgico, inventivo y guasón, al cabo de dos años el amor ya no era suficiente para nuestro querido Pepón. Seguía amando a su novia, pero sus posibilidades de adaptación estaban llegando a su límite. Por un lado los recuerdos de su cálida España, la juerga, la familia; y, por otro, los roces y problemas surgidos con la familia de su novia, que no veían con buenos ojos las diferencias étnicas de los novios, y mucho menos de que no hablaran de formalizar seriamente sus relaciones, lo hicieron caer en una depresión cruda y gélida como los inviernos polares que lo rodeaban, que se agudizó si tenemos en cuenta que debía aprender, por lo menos, el noruego oriental estándar, (pues existen varias versiones, como el bokmål y el nynorsk) y la lengua saami del norte, en un tiempo récord. Decidieron, entonces, viajar, los dos, a España. Al principio todo fue "jardín de rosas". Pero apenas pasaron los primeros momentos de conocer, festejar, relatar y visitar, la realidad se hizo muy patente: las discriminaciones por parte de su propia familia eran, si cabe, peor de la que tenía que soportar en Noruega. Y su novia, la pobre mujer, se marchitaba con el calor, casi se derretía, física y anímicamente.

Vuelta a Noruega. Pero con una condición: Pepe no quería saber nada de pesca, de arenques, de barcos ni mares. Él, a lo suyo: la tecnología aplicada, los inventos. Pero ese campo en Tromsø era prácticamente imposible de explotar, a no ser que se relacionara con su universidad, la más al norte en el mundo. Así que habían decidido mudarse a Oslo, la capital, que a fin de cuentas es una de las capitales más prósperas y ricas de Europa, sin visos de corrupción política o económica. Pero antes, por cuestiones del azar, al parecer les sonrió nuevamente la fortuna, tanto a Åslaug, su novia, como a él. Os explicaré: resulta que antes de abandonar Tromsø decidieron emprender un pequeño viaje de despedida por la zona, la provincia de Troms, con el dinero que le había obsequiado el hermano mayor de Pepón, como regalo adelantado de bodas (el único que aceptaba abiertamente su

relación). El primer día decidieron visitar el Museo de la ciudad, adjunto a la propia Universidad de Tromsø. Varios años vinculados a ella, y ni Pepe ni Åslaug, la nativa, habían visitado el museo hasta el momento.

Recorriéndolo, tomaron conciencia de que toda la zona de Troms ya estaba habitada por la población nativa saami, desde hacía unos 9000 años.

Visitaron la extensa exposición sobre la cultura e historia de los saami y descubrieron que existe, incluso, un centro de investigación lapón y un Instituto para el Estudio de la Aurora Boreal. Pepe no quiso dejar de pasar por dicho instituto pues, como investigador y de carácter curioso e inquisitivo, el fenómeno de la aurora boreal le llamaba poderosamente la atención, incluso lo había estudiado en uno de sus cursos en la universidad (no tanto le interesaba a Åslaug, que lo veía como un fenómeno natural y desmitificado, de su entorno).

Dio la casualidad que se encontraron con el Doctor Harald Onshuus, a la postre el profesor de Pepe que dictaba el curso sobre los fenómenos atmosféricos del hemisferio norte, en especial de la aurora boreal. El encuentro fue grato y emotivo, ya que el citado erudito, subdirector del susodicho Instituto, había hecho, entonces, buenas migas con nuestro Pepe, precisamente por su constante interés hacia las novedades e innovaciones, y su carácter extrovertido y exquisito, que llamaba tanto la atención en Noruega. Ambos solían discutir y, a veces, elucubrar sobre los posibles beneficios (léase inventos en el discernimiento de Pepón) que podrían colegirse de este fenómeno atmosférico si lo reproducían en un laboratorio. Solían reflexionar sobre la ingente energía que se podría aprovechar de este proceso, que ocurre cuando partículas cargadas de la masa solar chocan con los polos Norte (aurora boreal) y Sur (aurora austral) de la Tierra, de manera tal que producen, al encontrarse con los átomos y moléculas de oxígeno y nitrógeno de la atmósfera terrestre, una difusa luz visible, creando una visión realmente asombrosa y encantadora. Al fin de cuentas, el fenómeno de la aurora polar tiene muchas afinidades con el proceso que ocurre en los tubos de neón de los anuncios, o en los tubos de las tradicionales pantallas de televisión. (Insisto que todo esto lo aprendí por boca de Pepón, cuando llegó a Sevilla con su novia por primera vez).

Cuando el susodicho profesor descubrió, además, que la chica que acompañaba a Pepón era su novia, su entusiasmo subió unos cuantos grados, lo que para la gélida Tromsø era muchísimo, casi como un volcán apunto de erupción, ya que también él estaba unido a una nativa saami. No tardó mucho en ofrecerle a "House" (el intento noruego por pronunciar José) un puesto de colaborador en el Instituto, para seguir estudiando, ya más práctica y científicamente, estos fenómenos y su aplicación a los recursos energéticos y a las energías renovables. Prometió, además, procurar encontrar algún puesto de trabajo para Åslaug, en la misma Universidad.

No quiero extenderme demasiado, pues aún no he llegado al meollo de lo acontecido, así que trataré de ir al grano: el viaje a Oslo cayó del capítulo de prioridades de la pareja Pepe- Åslaug. Se quedaron en Tromsø y se

entregaron en cuerpo y alma a la investigación de la aurora boreal. Sin embargo, podría aseverarse que casi todas las inflexiones relacionadas con el fenómeno de la aurora polar ya estaban bastante estudiadas. Algunas veces nuestro Pepe alcanzaba ideas o descubrimientos interesantes, que resultaban que ya habían visto la luz con anterioridad. Pero Pepón Ventura continuaba con su idea de que en estos fenómenos atmosféricos germinaba el origen de algún tipo de energía renovable capaz de suplir al contaminante y caro petróleo y sus derivados, o a la energía nuclear, tan delicada, peligrosa y conflictiva. Esa era su ilusión y hacia ello dirigía todo su empeño. Åslaug, por suerte, lo apoyaba y colaboraba también, primero voluntaria y después remuneradamente, con el Instituto para el Estudio de la Aurora Boreal, aunque creo que más lo hacía por amor que por convicción.

Poco tiempo después el Doctor Onshuus nombró a Pepón como ayudante de cátedra. Tuvo la oportunidad, entonces, de dictar charlas y clases magistrales, lo que contribuyó a que adquiriera confianza en cuanto a expresarse en lengua noruega. Lo siguiente fue dar el paso de lo oral a lo escrito: empezó a publicar artículos científicos en las distintas revistas especializadas de su universidad, y en alguna otra, con el beneplácito del Profesor Onshuus y la ayuda, en cuanto a redacción y sintaxis, de su mujer (ya se le podría considerar así, aunque aún no habían formalizado su unión). No obstante, con ello se desencadenó un nuevo problema para Pepe. Su profesor y tutor le daba cada vez más responsabilidades de cátedra, lo que casi no le dejaba tiempo para la investigación en el Instituto, que era su ilusión. Llegó un momento para José Ventura Matallana que la investigación y la experimentación se convirtieron en meras actividades marginales. Más estaba Åslaug, su mujer, trabajando y colaborando en el Instituto, que él mismo.

Al poco tiempo le sobrevino otro varapalo. En vista de que ya poco podía hacer en el campo de la investigación de la aurora boreal, Pepón no cejó de investigar, desde su casa, un pequeño departamento alquilado en las afueras de Tromsø y no tan cerca del mar y del olor a arenque, sobre las posibilidades de obtener nuevas fuentes de energía alternativa. Como investigador, sabía que el abono biológico producido por excremento animal había sido utilizado como fuente primaria de energía desde épocas muy remotas. Los vikingos, al parecer, tenían conocimientos sobre el tema. Se metió de lleno a estudiar comparativamente los fertilizantes naturales utilizados en la antigüedad en Escandinavia y aquellos explotados en la América indígena precolombina y colonial, como el guano, por ejemplo. Si este fertilizante resultaba de la acumulación de excrementos de murciélagos y aves marinas, en un clima de escasa humedad, ¿por qué no se podrían explotar los excrementos de los peces y animales marinos que rodeaban la fría región ártica? ¿Y por qué quedarse en la simple fabricación de abonos y fertilizantes? Si éstos se producían por la combinación del amoníaco, ácido úrico, fosfórico, oxálico, y ácidos carbónicos, sales e impurezas de la tierra, bien podrían servir también para la producción de alguna energía renovable,

combustible alternativo y barato. Así que nuestro querido José Ventura puso manos a la obra. Con la colaboración (y extrañeza, vale agregar) de los parientes de su mujer, pescadores y distribuidores de arenque y otras carnes marítimas, pudo acumular una cantidad suficiente de excrementos de peces, focas y demás mamíferos marinos, sin descartar las deposiciones de los renos, para iniciar su experimento en un pequeño patio detrás de la "kota", la casita de madera típicamente saami, de sus suegros. Depositó todos estos desechos y excrementos bajo tierra, tratando de mantener un ambiente seco. Utilizando sus conocimientos y su ingenio, Pepón logró producir, en un tiempo relativamente corto, una pequeña cantidad de metano y energía eléctrica. Para él y para la familia de su mujer esta peripecia se convirtió en todo un acontecimiento. Empezaban a verlo con otros ojos. Pepe decidió, entonces, publicar su proceso experimental en la revista universitaria, en colaboración del Profesor Onshuus, quien en todo momento lo apoyó, tanto logística como anímica e intelectualmente.

Inicié el párrafo anterior comentando que a Pepe Ventura le sobrevino otro varapalo, aunque hasta ahora mi exposición de los hechos hace entrever que su invención o descubrimiento (un poco de cada) se había convertido en todo un acontecimiento. Sí, así fue en un principio, según logré enterarme. Pero cuando ya su artículo estaba por editarse, y se había concertado una próxima reunión con la comunidad científica y eruditos interesados en el tema, en la misma Universidad de Tromsø, el Profesor Onshuus llamó a nuestro Pepe a su despacho y le expuso, con datos específicos y bien documentados, que algunos científicos de la innovación le habían advertido que su experimento de producción de metano y luz eléctrica parecía un calco casi perfecto de la producción de biogas y bioabonos llevado a cabo en una granja experimental agroecológica en Perú, a partir del tratamiento del estiércol de un conejillo de indias típico de la región, conocido como cuy. La única diferencia con el experimento de José Ventura Matallana era que éste utilizaba excrementos de peces, animales marinos y renos, y allende los mares, el estiércol del cuy. Así que el Profesor Onshuus le aconsejó, asesorado por el Decanato de Derecho de la universidad, que desistiera de la publicación de su artículo comentando sus resultados experimentales, y que anularan la convocatoria científica. Al principio Pepe no estuvo de acuerdo, pues los conocimientos genéricos que utilizó eran, y son, universales y conocidos desde tiempo pretéritos. Sin embargo, las presiones burocráticas fueron tales, y desde distintos frentes, que a Pepe no le quedó más remedio que desistir. Demás está decir que un estado físico y anímico de decepción y frustración acompañó a nuestro paisano por meses seguidos. Cuando descubrió, o por lo menos presintió, además, que las grandes empresas energéticas europeas y americanas establecidas sobre el fundamento del petróleo, boicoteaban muy duramente cualquier intento por experimentar con nuevas energías renovables, no le quedó más remedio que "apagar su luz" (la bombilla que se enciende en las tiras cómicas cuando alguien tiene una idea genial) e irse con su "música" a otra parte.

A partir de entonces Pepe Ventura dictaba sus clases en la universidad como un autómata. Asistía al Instituto para el Estudio de la Aurora Boreal por obligación, para efectuar labores más administrativas que científicas. Por el contrario Åslaug, su mujer, se hacía cada vez más imprescindible y valiosa en el Instituto. La situación entre la pareja empezó a resquebrajarse, principalmente cuando Åslaug sufrió un aborto, dada las preocupaciones y situaciones delicadas emanadas del estado anímico que sufría su marido. Aprovecharon las vacaciones estivales, cuando son los días (y no las noches) escandinavos los que se hacen interminables, para una separación temporal. Pensaron que lo mejor era que Pepe volviera a España y, luego, ya se vería. Así que contamos nuevamente con la presencia de nuestro paisano Pepe, pero todos fuimos conscientes de los cambios, nada positivos, padecidos por su persona. Estaba callado, casi siempre en estado meditativo, sin ganas de jolgorio o conversación. Como buen amigo logré que me contara, a tirabuzones, los últimos episodios o desgracias por los que había pasado últimamente. Cuando descubrí que, a pesar de todo, seguía amando a la nativa saami y que la echaba mucho en falta, le aconsejé que no se dejara amilantar, que luchara por lo suyo, que debía volver, reconciliarse y tratar de redirigir su vida, que él era muy valioso y que eso no debería olvidarlo jamás. Me hizo caso.

El regreso fue emotivo. Al parecer fue una magnífica receta aquel distanciamiento para reflexionar y estar, cada uno por su parte, seguro de los sentimientos hacia su pareja. No obstante, con el curso que tomaron posteriormente los acontecimientos, no estoy muy seguro si hice bien aconsejándole aquello. La gota que rebasó el contenido del vaso no tardó en llegar. Me explico: Pepón y Åslaug continuaron en apariencia, con su vida normal y cotidiana, tal como la habían dejado antes del respiro estival. Ambos asistían al Instituto para el Estudio de la Aurora Boreal, cumpliendo con sus trabajos; Pepón seguía dictando casi todas las cátedras del Profesor Harald Onshuus, corrigiendo exámenes y trabajos universitarios. Me escribió en un correo electrónico donde se manifestaba bastante satisfecho, que incluso los alumnos lo respetaban y hasta se peleaban por poder asistir a sus clases magistrales, toda vez que los cupos de matrícula a sus cursos se completaban y cerraban el mismo día en que se abrían. Él, por su cuenta, seguía interesándose por el fenómeno de la aurora boreal, casi con reverencia. Mantuvo varios contactos con el Sodankylä Geophysical Observatory (SGO), el reconocido centro de estudio geofísico para investigar los secretos del campo geomagnético de la tierra y de la aurora boreal, situado en la pequeña ciudad de Sodankylä, en el mismo corazón de la Laponia finlandesa. Por otro lado, se entregó a leer y a escuchar de boca de sus parientes lapones (que prefieren que se les denomine saami) todas las leyendas concernientes a este maravilloso fenómeno de luz y color. Supo que el llamarle al fenómeno "aurora boreal" era casi como un sacrilegio, pues estos vocablos son de origen romano y griego, que nada tenían que ver con la región y sus habitantes nativos. Aurora proviene del nombre de la

diosa romana del amanecer, y *Boreas* significa norte en griego. En el folclor lapón, sin embargo, utilizaban otros términos que tenían que ver con las míticas explicaciones que dieron los nativos a la aparición de estas fascinantes luces de colores. Así, por ejemplo, los lapones finlandeses le llamaban "revontulet", que significa "fuegos del zorro", ya que según la leyenda, los zorros del ártico prendían fuegos o rociaban el cielo de nieve con su cola, lo que provocaba tales maravillas visuales.

Intentaré volver al asunto que nos atañe, el desenlace fatídico en la vida y obra de nuestro querido José Ventura Matallana. Y aquí debo hacer la advertencia que todo lo que refiero y anoto se ciñe a la realidad, tal como la conocí y, en cierta medida, la viví. Lo que a continuación intento explicar ocurrió, tal cual, aunque parezca inverosímil o falta de veracidad. Para principios de noviembre, fecha propicia para presenciar en Noruega auroras boreales, Pepe y Åslaug tomaron unos días de asueto y viajaron a Finnmark, la provincia más al norte de Noruega, colindante con su Troms. Alquilieron una pequeña cabaña de madera, estilo "toka", a orilla de uno de sus 60,000 lagos. Y se prepararon para presenciar algunas auroras boreales. Se posesionaron del pequeño patio, entre la cabaña y el lago, al abrigo de mantas y pieles. Se equiparon de una suculenta guarnición: arenque -fresco, salado y ahumado- muy al estilo escandinavo; espaguetis a la boloñesa, muy italiano; tortilla de patatas y hasta gazpacho! para hacerle honor a las tierras españolas. Bebidas, panes de diferentes hechuras y postres variados. Esa misma mañana Pepe había estado "jugando", con algunas sales y fórmulas orgánicas, resultantes de sus otros ensayos con los excrementos y abonos biológicos (experimentos que no había abandonado del todo). Åslaug lo invitó a salir al patio al atardecer (léase para los no entendidos, alrededor de las catorce horas, que en esas fechas en Noruega ya era el atardecer), para hacer buen uso de las provisiones alimenticias. En eso estaban, tenedor en mano y comida en boca cuando ante ellos apareció aquel fenómeno que tanto encandilaba (nuca mejor dicho) a Pepón: una aurora boreal en todo su esplendor. Con los espaguetis enrollados en el tenedor y ya metidos en su cavidad bucal, en contacto con su saliva, por dentro, y sus dedos, por fuera, Pepe se quedó con la boca abierta, fascinado. No es que no hubiera visto con anterioridad auroras boreales. Viviendo en el norte de Noruega era imposible no presenciar en algún momento tales fenómenos, pero nunca así, con ese halo romántico, frente a un lago y lejos del gentío y atmósfera de la ciudad. Entonces ocurrió el principio del fin: al querer cerrar su boca para arrancar los espaguetis del tenedor y masticarlos, sintió un pequeño calambrazo entre sus dientes, mientras la aurora boreal se desarrollaba en todo su esplendor. También en la mente de José Ventura empezó a desarrollarse con todo su esplendor una nueva idea, un nuevo descubrimiento. Estaba seguro que aquel calambrazo tenía que ver con el fenómeno que estaban presenciando él y su mujer, y quién sabe cuántos cientos de miles de personas más. Intentó volver a masticar, y nuevamente el mismo y leve calambre en la lengua, entre los dientes, en las encías.

Para no alargar el tema, ya que los detalles los desconozco pues, en su descripción, Pepón fue bastante parco (o mejor dicho precavido), resumiré que de ese accidente José Ventura creó un nuevo y espectacular invento: relacionando las sales y fórmulas orgánicas que habían quedado impregnadas en sus dedos antes de comer (durante sus experimentos matutinos) con la saliva y los fenómenos geomagnéticos producidos por la aurora boreal, concibió un nuevo tenedor y cucharas de metal que, en contacto con los fluidos salivales y la lengua producían una pequeña descarga que avisaba a los comensales que se habían pasado en la ingestión de alimentos necesarios y sanos para su metabolismo. Una fórmula mágica para no engordar! Perfeccionando el invento, inclusive consiguió que sus "benditos" cubiertos determinaran las cantidades máximas de sales, minerales y otras sustancias orgánicas debería cada comensal ingerir sin caer en excesos, y así guardar equilibradamente su salud. Fue la bomba! Toda la Universidad de Tromsø se rindió a sus pies; el Instituto para el Estudio de la Aurora Boreal le prestó toda su infraestructura y apoyo logístico. Decidieron sacar el producto al mercado en vísperas del 6 de febrero, el Día Nacional Saami, en conmemoración de la fecha de la primera Conferencia Sami. Los referidos tenedores y cucharas fueron acaparados prácticamente el mismo día en que salieron al mercado. De Noruega se vendieron al resto de Europa. Una conocida empresa noruega con sucursales en el continente, se encargó de fabricarlos y exportarlos. Grandes empresas entablaron negociaciones con Pepe o Åslaug, para comprarles la patente. Pero éstos no soltaron prenda. En poco tiempo el flujo de dinero a las arcas de esta pareja no cesaba. Viajaron a España, compaginando vacaciones, visita a familiares y contactos empresariales. Aquí la recepción del invento fue apoteósico.... Y ustedes se preguntarán "¿dónde está el principio del fin del que hago alusión?". ¿Por qué hablo de trágicas consecuencias si, en este caso, todo va para la pareja José- Åslaug de bueno a mejor? Pues, como en sus inventos anteriores, el final de éste también terminó en descalabro, solo que esta vez llegó a resultados catastróficos. No pasaron ni varios meses desde el fulgurante ascenso de José Ventura, cuando se desató una terrible epidemia en Europa. Empezó en Noruega, luego en el resto de los países escandinavos, pasó al resto de Europa, hasta llegar a España y Portugal: a cientos, miles de personas se les empezó a caer, así, de pronto, la lengua. Nadie sabía por qué pasaba, a qué se debía. Las conjeturas no faltaban; hubo hasta los agoreros extremistas religiosos que sin pudor alguno daban la bienvenida a esta calamidad como castigo divino, por utilizar las lengua para otra cosa que no fuera la de alimentarse "como Dios manda". Pepe, su mujer y su empresa fueron de los primeros que pusieron sus recursos científicos y financieros para ayudar a atajar la pandemia y colaborar en la reimplantación lingual a aquellas personas que se les había caído. Lo más curioso era que el único país europeo al que no llegó esta devastadora y extraña anomalía fue Francia.

Al poco tiempo las investigaciones revelaron que la mayoría de las personas a las que se les caía la lengua eran obesos, o que sufrían de problemas metabólicos. Fue un simple trámite pasar de esta conjetura a la de descubrir que todos ellos tenían, además, otro denominador común, y era que habían utilizado diariamente un "*miraklergaffel*" o un "*miraklerskje*", los famosos tenedores o cucharas "milagrosos" –como decidieron llamarlos los fabricantes, en noruego- inventados por José Ventura! Al parecer, siempre en términos de conjeturas, las reacciones de los componentes bioquímicos de los cubiertos metálicos (cucharas y tenedores) utilizados por Pepón en su invento, con las secreciones salivares y las corrientes biomagnéticas colegidas del fenómeno "aurora boreal", daban tan desastrosos resultados, después de un uso continuado de los mismos. A nuestro Pepe Ventura y a su mujer casi se les cae el pelo. De héroes pasaron a villanos, a personas "non gratas", en cuestión de días, allí donde fueran. Sin embargo, nunca se pudo concluir científicamente que los dichos cubiertos de comer fueran los culpables últimos, pues otros tantos de miles usuarios de los mismos, no habían sufrido la aberrante caída de lengua. Lo más probable era, según las deducciones científicas, que aquellos usuarios asiduos que acostumbraban a lavarse los dientes después de cada comida, se salvaron de la amputación lingual. Los que no, sufrieron las consecuencias. La siguiente pregunta fue: ¿por qué en Francia no hubo ningún caso de amputación de lengua? Es que la empresa noruega fabricante no había recibido aún el beneplácito de Francia para instalar sucursales en terreno francés. Los españoles, tan dados a la chanza sobre los franceses, no dudaron en hacer correr la voz que los franceses, tan nacionalistas ellos, como no habían sido los inventores del artilugio, no quisieron saber de él, no quisieron ni oírlo nombrar; y que ya estaban preparando en talleres ultrasecretos, sus propios tenedores y cucharas milagrosos, incluyendo cuchillos y palitos chinos.

Volviendo a nuestro José Ventura Matallana, fue perseguido y vilipendiado, aunque no encarcelado, por falta de pruebas concluyentes. Por su puesto que el producto fue retirado inmediatamente del mercado.

Desgraciadamente comerciantes sin escrúpulos lograron agenciarse de ingentes cantidades de estos cubiertos, para revenderlos descaradamente en América Latina, África y Asia, que ahora están sufriendo las consecuencias.

A Pepe no se le permitió regresar a Noruega. En España no podían, él y su mujer, salir ni a la esquina si no querían exponerse a ser linchados. Tuvieron que refugiarse en un cortijo prestado, al sur de Andalucía (y que no nombro por razones obvias. Pero sí vale enfatizar que en ese momento, con dinero, mucho dinero en mano, era mucho más fácil para esta pareja encontrar "refugio", lo que pocos meses antes no hubieran podido ni soñarlo). Luego intentaron viajar a París, toda vez que los franceses no habían sufrido las consecuencias de su invento, pero a última hora presiones de altos vuelos impidieron el viaje. Lo mismo ocurrió con Argentina, Brasil y demás países americanos. Tenían carta abierta para viajar a Sudán, por ejemplo, u otro país africano, pero la situación política y bélica de aquellos países que lo

recibían no daba pie a aceptar la invitación. Hasta de Gaza, en tierra palestina, recibieron una invitación formal para refugiarse en ella! Cuando las autoridades del gobierno de Gaza, el grupo terrorista Hamás, supieron que la pareja José- Åslaug eran de Tromsø, una ciudad hermanada con Gaza desde 2001, viajaron clandestinamente a su escondite en Andalucía, para proponerle a Pepe (Yusuf, creo que lo llamaban en árabe) que utilizara sus conocimientos en bioenergía e ingeniería tecnológica, para la creación de armas sofisticadas, a cambio de asilo, una nada despreciable remuneración económica y protección oficial las veinticuatro horas del día, para él y su mujer. A Pepe se le heló la sangre cuando escuchó tal propuesta. No se atrevió a negarse, así que decentemente les pidió algunos días de reflexión. Temiendo por su seguridad si se negaba decidió al instante que era hora de, prácticamente, huir de España. Si los de Hamás habían dado con su refugio, era señal de que muchos más ya sabían dónde se alojaban.

Pepe envió rápidamente a su mujer a Noruega, a la que no podía impedirle la entrada, primero, por ser noruega y, segundo, porque no se le acusaba de nada, con instrucciones precisas de conseguirle documentación, con una nueva identidad. Me tocó a mí servir de "mediador", teniendo que efectuar varios vuelos entre España y Noruega, hasta que los papeles lograron conseguirse, con mucho dinero de por medio, y la colaboración de sus seres queridos (entre ellos el Profesor Harald Onshuus, de los pocos que no le retiró su amistad, más por Åslaug, que se había hecho íntima amiga de su mujer, que por Pepe). Mientras tanto Pepe, en España, ubicado ya en otro sitio secreto, pasó por una transformación física asombrosa. Ni el mismísimo Radovan Karadzic, el ex-líder serbio acusado de genocidio y crímenes de guerra, varios años escondido tras un "espiritual" y barbudo disfraz, y recientemente descubierto, hubiera soñado con un cambio tan radical para no ser reconocido. Primero, Pepe pasó por pequeños retoques corporales y faciales: engordó unos cuantos kilos, se rebajó la nariz, para obtener una fisonomía más nórdica, se tiñó el pelo de rubio, cortándose muy bajo y puntiagudo. Finalmente, se colocó lentillas que daban a sus ojos un color celeste profundo, como el del cielo noruego. La fisonomía escandinava ya la tenía conseguida. Ahora faltaban un nombre y apellidos acordes, y enviárselos a Åslaug para que los grabara en la documentación. Todo iba dar a entender que Pepe había nacido de padres noruegos en L'Alfàs del Pi, pueblo en las costas alicantinas, donde está ubicada la más importante colonia de noruegos en España. La idea de su nombre y apellido se me ocurrió a mí: mantener etimológicamente su nombre, solo que traducidos al noruego. Averiguamos que José venía del hebreo, y que significa "añadido", o que "Dios añade", así que Pepe lo tradujo al noruego, y sonaba algo así como "*lagt til*", pero según Pepón, nadie se llamaba así, y que era preferible que se llamara Joseph, que es José en muchos idiomas europeos. Para el apellido le propuse que le agregara una "a" al suyo, de manera tal que buscara la traducción de "aventura". Así surgió su primer apellido: *Eventyr*, y el segundo, de la combinación en

noruego de "mata" (no de matar sino de planta, matorral) y "llana": *Skrubbeleilighet*. No había dios quien lo pudiera pronunciar en España, pero José Ventura Matallana se despidió de este apelativo para pasarse a llamar, "formalmente" Joseph Eventyr Skrubbeleilighet.

Una vez en Noruega, reunido con su mujer y con nueva identidad, Joseph y Åslaug se mudaron a otro pueblo, también al norte e Noruega, pero que por razones comprensibles no nombraré. Con el dinero que les quedó de la gran odisea de los "cubiertos milagrosos" emprendieron una nueva vida. Åslaug abrió una agencia de viajes especializada en el turismo ecológico y de la naturaleza, principalmente entre Noruega y España. Descubrieron que eran muchos los noruegos que aspiraban conocer España, principalmente Andalucía, y "empaparse" del sol español, su gastronomía y sus parques y reservas naturales. Y desde el otro lado, eran muchos los españoles que soñaban con visitar los fiordos noruegos, sus lagos y reservas naturales y contemplar, in situ, esa maravillosa expresión de la naturaleza que es la aurora boreal. Así que trabajo no les faltó. Nuestro compadre, ahora Joseph, ayudaba de vez en cuando a su mujer, pero su principal ocupación siguió siendo la búsqueda de inventos innovadores, con la ayuda de la biotecnología y la bioenergía. Algunos inventos, la mayoría, los tiene descansando en espera de días mejores para madurarlos y difundirlos, pero otros ya han visto la luz. Hay muchos y variados, como el aparato que se lleva a modo de collar, que emite radiaciones capaces de alejar a distintos animales y bichos (según la intensidad de la radiación) del perímetro cercano de quien lo lleva. O las gafas de visión "biónica", pero no para atravesar paredes o ropa, sino para una visión interior del propio cuerpo de quien las utiliza; según Joseph, se puede "ver" hasta la evolución del pensamiento, los humores y, quien sabe, hasta el alma, además de los distintos órganos corporales, vasos sanguíneos, sangre, vísceras, etcétera. Pero el invento que él más admira, y que por ningún motivo quiere, por el momento, sacar a la luz, es el "lápiz de escritura mágica", como el suele llamarlo: Sumergiendo el carboncillo del lápiz en una sustancia de sales orgánicas y corrientes eléctricas, producidas por él, en contacto con secreciones del cuerpo, logra que el lápiz inicie una oleada de escritura automática, en donde el inconsciente aflora, produciendo actos y escritos creativos no programados por la voluntad o pensamiento consciente del autor. Es infalible. Y lo más curioso es que puede escribir tanto en noruego como en lengua sami, o en castellano, sin él proponérselo ni vaticinar de antemano en qué lengua se le "antojará" al lápiz "escribir". Por su puesto que ante un ordenador no es capaz ni de escribir, casi, su nuevo nombre. Así que nuestro compadre Joseph se ha convertido en escritor de relatos breves, publicados con un seudónimo, que también me reservaré. Ahora que acaba de nacerle el primogénito (con sus ojitos rasgados y esa agraciada fisonomía típicamente lapona) su escritura automática está produciendo, en exclusiva, bellos e íntimos relatos infantiles.

Dejo aquí constancia, pues, de todo lo que sé, de todo lo que oí y aprendí sobre mi compadre José Ventura Matallana, y de mi interrogante inicial, por qué algunos gozan de su fama, quizás inmerecidamente, mientras que genios de la creatividad tienen que vivir en el anonimato. Doy fe que todo lo aquí expuesto ha ocurrido tal como lo refiero, a excepción, claro está, de la operación que he descrito en cuanto a la traducción y transliteración del nombre de nuestro compadre. Esto fue un simple juego de ingenio que llevamos a cabo mi compadre y yo. Su verdadera nueva identidad, me tendrán que permitir que también me la reserve.

### □QUÉ IDEA!

Siete meses, veintidós días, nueve horas y trece minutos sin una idea. ¿Qué fenómeno psicológico, clínico, intelectual o de cualquier otra índole puede ser capaz de provocar este estado? ¿Es acaso creíble que ello ocurra, así, de un día para otro, en un autor que, como yo, siempre, siempre, fue considerado hacedor de ingenios y agudo en ocurrencias? Creo que no me queda más remedio que aceptarlo, redireccionar mi vida hacia otros derroteros menos creativos. ¿Será éste mi testamento de despedida como escritor, mi muerte literaria?

No puedo confirmar que éste sea mi testamento pero sí ha llegado el momento de que tome las riendas de la sinceridad, de que me libere de este plomizo peso: debo confesar que nunca he gozado de ideas originales. Algunos me han considerado prolífico en ideas, pero ni una, ni uno solo de mis escritos, de mi quehacer literario, se han basado en alguna idea mía. Sí, las he robado, lo confieso. Luego, con maña, algo de mala arte, mucho de truco y más de leer e imitar, las he transformado, he hecho de ellas algo que, algunos, han considerado digno de ser leído. Así que no son solo siete meses, veintidós días, nueve horas y trece minutos -ahora ya quince- sin una idea. Es mi vida entera la que ha carecido de ideas. Solo que aquel día de este mismo año lo recuerdo muy bien, pues era un día después de mi cumpleaños, cuando se estaba celebrando la festividad del Tabernáculo y yo entregué, ilusionado, mi último manuscrito a la editorial, un compendio de relatos de ultratumba, titulado "*Más allá de lo desconocido*". Pero creo que entonces jugué con fuego, nombré lo innombrable, escarbé en un terreno prohibido. Y he aquí las consecuencias. Desde ese mismo día, ni siquiera robando ideas he podido plasmar algo que pueda llamarse literatura. Quien se haya aficionado a la lectura de relatos terroríficos, hubiera descubierto que aquella, mi última colección de relatos, estaba basada en leyendas y mitos terroríficos plasmados en el papel por autores de los siglos XVIII, XIX y principio del XX. Claro que son pocos los que habrían podido correlacionarlos, atar cabos, pues muy finamente hice uso de artimañas lingüísticas y literarias que no voy a desvelar ahora, para despistar. Además, no conozco a nadie, realmente a nadie dentro de mi ambiente, que se le

haya ocurrido leer relatos sobre el "más allá", escritos hace más de un siglo (fuera de los de Poe y Meyrink). Mientras, pude llenar un poco, sinceramente solo un poco, mis arcas, con dicha publicación. Lo suficiente, por lo menos, para pagar mi hipoteca, aunque sea hasta final de este mes. Y no más. Lo más chocante es que, mientras avanzaba en mis cuentos, presentía que debía parar, dejarlos de lado, algo me insinuaba: "*para, no sigas*". Una noche invernal, incluso, mientras visitaba el antiguo cementerio judío de Praga junto a un conocido checo, que me servía de traductor, encontré un papel en el suelo, a la entrada del cementerio, más bien parecía una anuncio estropeado, antiguo, cubierto de lodo, escrito en letras góticas. Al levantarlo, casi se me deshacía en mis manos y a pesar de que estábamos a nueve grados bajo cero, un sudor empezó a recorrerme, principalmente por la frente, la espalda y los pies. Un temblor, algo así como si me hubiera dado el Parkinson, se apoderó de mis extremidades. Mi amigo no se enteró. Le pregunté, tiritando -seguro que por el frío, habrá pensado- qué decía aquella nota, pues no he tenido el privilegio de aprender checo, y me leyó, luego de reírse durante unos segundos: "*Tu paso no es seguro, Si sigues, atente a las consecuencias*". Agregó: "-Tonterías, algún chistoso que no tiene nada más importante que hacer que asustar a los turistas. Pero eso sí, la octavilla está bien lograda, hasta parece antigua". No fue esa la primera vez que se había apoderado de mí ese temblor, aquella sensación de que estaba haciendo algo malo, muy malo. Pero claro, otra vez lo achaqué al centenar de supersticiones impregnadas en aquellos cuentos añejos en los que me basaba, y que había leído uno tras otro en menos de dos semanas, sin papar. -Un atracón, un empacho de literatura terrorífica- pensé entonces -pero me servirá para mis relatos, a falta de ideas originales...-.

Me ocurrieron otros sucesos insólitos, algunos grotescos, otros incongruentes. Ahora, viéndolo en perspectiva, creo que mi vida hasta llegó a estar en peligro, más de una vez. Prefiero, por tanto, no recordarlos. A estas alturas creo que debo hacer hincapié que, aunque no gozo de ideas, sí soy un caballo de batalla, me entrego en cuerpo y alma a mi obra, más de lo que debiera, ahora lo comprendo. Digo todo esto porque me empeñé en visitar tumbas, desenterrar muertos, visitar cavernas y sepulcros en templos y monasterios, hacer uso de las "ouijas" y otros artilugios "prohibidos". Y mejor no continúo porque esa extraña sensación de "*para, no sigas*" me está volviendo en este instante, recorre mi columna vertebral, mientras mi dedos se entumescen y mi frente suda secreciones que se me antojan amarillas.

¿Qué son, en realidad, las ideas? ¿Tienen todos los seres pensantes ideas? ¿Es posible razonar sin tener ideas? No hay ser humano que yo conozca que no se jacte de tener ideas o, por lo menos, UNA idea. "¡Tengo una idea!" ¡Cuántas veces hemos oído esta expresión, para enunciar cosas, por llamarlo de alguna manera, que muchas veces hubiera sido preferible que no salieran de boca alguna! ¿Son realmente ideas, todos debemos tener ideas? Yo estoy convencido que mi persona carece de ellas. He consultado con el Diccionario de Filosofía Contemporánea y, la verdad, no me ha sacado de dudas, más

bien me ha enredado más, porque de filosofía entiendo poco y, careciendo de ideas, su comprensión se me hace más difícil. Transcribo lo que empecé a leer: "Desde cuatro puntos de vista se suele realizar el análisis del término «idea» en casi todos los tratados: *lógico, ontológico, trascendental y psicológico*. Las *ideas* son entendidas en un sentido lógico cuando se las equipara a un concepto. Adquieren sin embargo un significado ontológico cuando se las equipara a cierta realidad o materialidad..." ¿Han comprendido ustedes? Esperaré a que me lo expliquen. Mientras tanto, quiero reflexionar sobre esto, para aclararme las ideas... (¡He dicho ideas! ¿las tendré? No, más bien quiero decir, para aclarar las ideas de los demás sobre esta expresión). Considero que las ideas son más que imágenes que se forman en la mente. En mis sueños las imágenes fluyen como las aguas por el cauce del río caudaloso, pero ¿idear algo de ellas? ¡Nada! ¿Pensar y razonar? Sí, todos, en mayor o menor grado pensamos –no tanto razonamos- pero no por ello nuestro pensamiento o raciocinio confluye en una idea capaz de crear algo nuevo, donde podamos aplicar nuestro intelecto. Y eso es precisamente lo que a mí no me ocurre: no soy capaz de crear una idea nueva a partir de mi pensamiento o razonamiento. Los conceptos, que sí considero como frutos de las ideas, tengo que robarlos, aprenderlos y aprehenderlos de otros, quienes los han ideado con anterioridad.

Repito, como ya no podré dedicarme a este oficio de escribir, humildemente debo reconocer, que carezco de ideas. A diferencia de otros compañeros escritores yo sería incapaz de crear un relato a partir de ideas que me surgieran por una piedra con la que me tropecé en mi camino, o por aquella octavilla pisada, embarrada y encontrada a la entrada del cementerio judío de Praga. Pondré un ejemplo: A mitad de mi investigación para escribir mis últimos relatos, en una de mis aventuras más arriesgadas e ilícitas, cuando me tocó visitar, a medianoche un panteón familiar del siglo XVII en... (prefiero no nombrar el sitio, para evitar acciones legales) en el cual, según la leyenda popular, se había cometido un horrendo crimen –enterrados vivos dos jóvenes hermanos por haber practicado, supuestamente, el incesto- abrimos una de las tumbas en donde, según los detalles con que contábamos, tenía que yacer el padre y ejecutor del crimen hacia aquellas dos criaturas adolescentes, y la encontramos vacía de esqueleto. Aún peor, había en su interior un sombrero invernal redondo, afelpado, de piel de armiño o algo parecido, ¡con pelos humanos en su interior! Yo fui el único de los tres que estábamos presentes, que se atrevió a alzar el negro sombrero y examinarlo. Fue realmente horripilante lo que descubrí: en la parte interior del sombrero, entre éste y la cabellera adherida, aún se podían vislumbrar trozos de cráneo humano, casi como si formaran parte del mismísimo sombrero. No había quedado nada del esqueleto enterrado en aquella tumba, tan solo su sombrero y, en él, el cráneo y el cabello. –Como para escribir una novela o un relato- espetó uno de mis acompañantes, también escritor. Pues bien, en se momento, he de confesar, a pesar de los sudores y temblores que se empezaban a adherir a mis huesos, como en veces

anteriores, se apoderó de mí un sentimiento superior aún: la envidia. Envidiaba en aquel momento a mi compañero, que era capaz de, por lo menos, pensar que de aquel sombrero podrían florecer ideas para crear una obra literaria. Eso, para mí, era -y es- impensable, inaplicable para mis esquemas de razonamiento.

Yo sería incapaz, por ejemplo, de crearme una historia a partir de aquel hallazgo, como que ese sombrero había sido confeccionado con la piel de dos armiños que servían de mascotas a los hermanos adolescentes y que, tras su cruel entierro, el padre los degolló para confeccionarse con aquella piel el mejor sombrero de invierno. Sería incapaz de generar una idea que me permitiera escribir que, tras la muerte del padre, sus sobrevivientes lo enterraron, como homenaje, con aquel sombrero; pero que éste no había matado en realidad a los armiños, sino que los cosió entre sí para confeccionarse su tan peculiar y vistoso sombrero. Los armiños, entonces, al parecer no habían muerto, o sí, pero que, ya enterrados junto con aquel padre cruel, regresaron de ultratumba para vengar la muerte de sus queridos amos. Y como son alimañas carnívoras y sanguinarias, acostumbrados a vivir entre piedras y madrigueras, se encontraban en su ambiente y se deleitaron del banquete que les proporcionaba aquel cuerpo putrefacto en vida y deleitable en muerte, hasta no dejar más que cráneo y pelo. Repito, no podría ser capaz de generar ideas como estas, por más escabrosas que fueran, para concebir un relato en el que... ¡Por todos los demonios que constantemente me visitan! ¡Acaban de fluir ideas en mí! ¡Estoy creando un relato a partir de mi propia experiencia! He pensado, he razonado, he ideado y he creado ¡Y sin proponérmelo! Pero no, no puedo, ni debo, lanzar campanas al vuelo. Esto no significa nada, más bien viene a corroborar lo que he sabido desde siempre: aquí y ahora no ha ocurrido más que la excepción que confirma la regla. Fuera de ésta no tengo, nunca he tenido, ideas.

## PEREZA

*[Aquí estoy, prestándome a la farsa. A punto de pronunciar las palabras de fondo en el funeral del Ministro de Cultura. Mirando las caras de todos los concurrentes, desde el Presidente de la República hasta el conserje del ministerio y preguntándome por qué se me ha ofrecido a mí tal "honor". Y peor, ¿por qué he tenido que aceptarlo? He sido su viejo profesor, es cierto, su tutor, ¿pero su amigo? Entre él y yo hay una generación de por medio. Además, en los últimos años más bien tuvimos muchos desencuentros, y no he defendido por lo general sus cometidos como estadista. Pero de algo estoy seguro, a mi edad, para lo único que sirvo, por lo visto, es para pronunciar discursos vetustos y palabras fúnebres. Así me mantienen amansado, alejado de los tejemanejes públicos, de las telarañas que últimamente van creando los políticos jóvenes, para*

*sacar partido, y prefiero no enterarme qué clase de partido. A mi edad, ya no tengo nada que perder. En estas circunstancias no he podido negarme, siendo yo, precisamente, quien insistió dentro del Gran Partido por la Democracia Popular, que había que dejar el espacio de expresión a las nuevas generaciones, capaces de innovar y renovar. Sería incongruente con mi filosofía negarme ahora. Lo que nadie hubiera podido augurar es que el puñetero Alberto Belchites fuera a morir tan pronto, en plenas facultades y ocupando el cargo de Ministro de Cultura, puesto al que, por cierto, fui el primero en ejercer desde la fundación de nuestra Renovada República Popular.]*

Queridos deudos y familiares del Doctor Alberto Belchites, mi alumno y amigo

Excmo. Sr. Presidente de la República Popular

Excma. Sra. Presidenta del Parlamento Democrático

Excelentísimos Señores Ministros del Gobierno

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector de la Universidad

Representantes de todas las instituciones gubernamentales y no gubernamentales

Autoridades y representaciones

Queridos hermanos y hermanas:

Tengo el honor de despedir, con sentimientos de pesar, a una de las personalidades más relevantes y representativas de la política y la cultura de nuestro pujante país. Hoy me encuentro ante ustedes para compartir recuerdos y vivencias compartidas con este gran estadista, pero no es mi intención pronunciar palabras fúnebres. No sé cómo hacerlo, y estoy seguro que sonarían falsas. Quiero hablar de Alberto, mi amigo. Alberto Belchites, nuestro admirado Ministro de Cultura, tenía muy claro que la vida nos regala momentos de emoción y alegría, así como momentos de soledad y desconsuelo, y que los unos y los otros debemos aceptarlos, aprender de cada uno de ellos. Me consta su talante, pues tuve el privilegio de ser su profesor, tutor y amigo durante tantos años. Y Alberto era, sin duda, de los que sabían otorgarle el sitio y la importancia adecuados a cada uno de esas coyunturas.

Los actos de Alberto siempre estuvieron llenos de sabia reflexión. No lo voy a negar, también fueron precedidos de mucha polémica. Pero si el gobierno de nuestra amada República Democrática Popular, acertadamente, lo nombró Ministro de Cultura durante las dos últimas cadencias, habrá sido por algo. Sus méritos lo amparan. Hay un proverbio bíblico que nuestro Alberto tenía como máxima de cabecera, desde que ocupó el cargo de Ministro de Cultura: *"La sabiduría clama en las calles, alza su voz en las plazas; clama en los principales lugares de reunión; en las entradas de las puertas de la ciudad dice sus razones. ¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza, y los burladores desearán el burlar, y los insensatos aborrecerán la ciencia?"*

[

*Pero si estoy endosándole unas palabras que yo quería hacerle ver que eran la base de la cultura: la sabiduría popular. Y él siempre me las discutía, hasta se burlaba de ellas. Claro está, cuando se aferró a su puesto de "timonel de la cultura", fue el primero en repetirlas, en utilizarlas, en hacerlas suyas. ¿Las habrá comprendido alguna vez? ]*

Sí, nuestro querido Alberto, mi amigo, mi alumno, entendió que el saber popular espreciado y exquisito, no por sencillo deja de ser esencial para tenerlo en cuenta y aplicarlo. No olvidemos que fue él el creador de los Grupos Base de Cultura y Sabiduría Popular, los máximos representantes, hoy por hoy, de la filosofía revolucionaria de nuestra nación popular y democrática.

[

*A estas alturas y todavía ejerciendo de hipócrita, con lo poco que me apetece. A mi edad, me gustaría gritar de una vez por todas que toda esta mierda, de democracia le queda ya muy poco. Mira la cara del Presidente, el "Excelentísimo! Creo que ni entiende una sola palabra de lo que digo. No creo que comprenda algo más allá de las armas y las intimidaciones. Ésas si son para él los paladines de la democracia. Y va y nombra a Alberto Belchites Ministro de Cultura, para ganarse a los intelectuales burgueses e indecisos, para ganarse la aceptación, que no el voto, de empresarios y tecnócratas. Y lo ha ganado, el condenado. Yo, por mi parte, de cara a la galería, tengo que alegrarme. ¿Acaso no fui yo el filósofo principal de esta "revolución", el impulsor de esta "movimiento por la innovación y la revolución cultural"? Pero claro, entre lo que quise decir y lo que se hace, lo que se puede hacer, quizás no haya un abismo, pero sí una brecha que aún está por rellenar.]*

Me consta, desde su época de estudiante en la Facultad, su interés por hacer prosperar a nuestro pueblo, despertarlo del sueño a lo que lo tenían sometidos los señores del peculio, "los que cortan el pescado" como solíamos llamarlos los revolucionarios. Me atreveré a leer, como muestra, unas palabras escritas por él en uno de sus trabajos universitarios, durante su época de estudiante. Perdóname, Alberto, pues sé que tu humildad no me permitiría, en vida, que hiciera públicas tus palabras, a modo de elogio. Aquí van: "*Nadie, por más joven que sea, debe vacilar en hacer de la cultura su razón de ser, ni por hallarse viejo debe sentirse fatigado por buscar la sabiduría. Pues nadie está demasiado adelantado ni retardado para lo que concierne a la salud de su alma y a la prosperidad material. De modo que deben entregarse al pensamiento y al quehacer cultural tanto el joven como el viejo: el uno para que, envejeciendo, se rejuvenezca en bienes; el otro, para ser a un tiempo joven y maduro por su serenidad ante el futuro*".

[*Mira la cara de todos estos! Nadie cae en cuenta. La ignorancia se les refleja en el rostro. No, no estoy en contra de estas reflexivas palabras, no es que no las haya escrito Alberto. Sí, las escribió, pero copiándolas. En este instante nadie es capaz de caer en cuenta que no son palabras originales de él! Hasta una vez las publicó en una revista de sociología. Ni siquiera parafraseó al griego Epicuro en su "Carta a Meneceo"; sencillamente lo copió casi textualmente, con la salvedad que donde pone "cultura",*

*"sabiduría" o "quehacer cultural", Epicuro escribió "filosofía" o "filosofar". Y todo por la peor de las imperfecciones humanas: la pereza. ]*

Me atrevo a asegurar que una de las cualidades más sobresalientes de nuestro querido Alberto Belchites, sus allegados y familiares así lo pueden atestiguar, era su capacidad de reflexión. No tomaba nada a la ligera. Sabía meditar por horas algún asunto, después de oír en reuniones a veces interminables, los pro y los contra. Era sabido que se encerraba por horas en su despacho, sin permitir que se le molestara, para reflexionar intensamente, antes de tomar alguna determinación.

*[¿Reflexionar? No era más que pereza en su estado puro y duro. Sí, esa era la perdición de Alberto Belchites: □La pereza! Tanta inteligencia desperdiciada. Alberto era muy inteligente, no se puede negar. Pero hacía el mínimo esfuerzo por reflexionar y expresar su propio razonamiento a la hora de investigar. Mejor que los demás lo hicieran por él. Estampar posteriormente su "pata de gallo", a modo de firma, era menos agotador. Recuerdo sus trabajos de investigación en su época universitaria. De allí provinieron nuestros primeros desacuerdos. En clase, sin duda, sobresalía sobre los demás, era un "crac": expresaba sus ideas y razonamientos de manera clara, tajante y hasta, a veces, altanera. Su labia era impecable, y lo es (bueno, ya no, aunque aún no seamos del todo conscientes, acaba de morir). Pero eso me gustaba. Lo que no podía soportar era que en todos sus trabajos no hacía más que plagiar o parafrasear a otros, dejando de lado el potencial que él, de por sí, tenía. Pero la pereza podía más con él. Le encantaba, así me lo hicieron ver sus propios compañeros, quedarse tumbado en el sofá de su casa, despojado de compañía. Y no hacía nada, absolutamente nada, más que suspirar, mirando al techo (¿a las musarañas, como se decía en mi época?). Es que era la holgazanería personificada. Hasta cortejar le daba pereza. Y ahora me toca elogiarlo, rendirle tributo ante su féretro, de cuerpo presente.]*

Nada tomaba nuestro Alberto Belchites a la ligera. Detrás de cada uno de sus actos, de sus escritos y discursos, se evidenciaban consistentes reflexiones de peso, un cúmulo de sensatos juicios y parámetros muy específicos a seguir. Cuando se propuso introducir un cambio cualitativo al Ministerio de Cultura de nuestra República Popular, luego de que yo dejara el cargo, tuvo muy claro cuáles serían las líneas de actuación a seguir: dividió al ministerio en tres ejes centrales, asignándole a cada eje sus parámetros muy bien definidos: el reconocimiento de la diversidad cultural que componen los estratos socioculturales de nuestra República; refrendar a la cultura como instrumento de desarrollo económico y de cohesión social, y la consolidación de la cooperación cultural interregional y entre naciones. De allí nació el modelo y el arraigo de los ya célebres y meritorios Grupos Base de Cultura y Sabiduría Popular.

*[También aquí Alberto no hizo más que utilizar mis apuntes, los esquemas que dejé anotados antes de mi retiro voluntario. Pero no eran más que eso: bocetos de un proyecto cultural, que a su vez había tomado de las estrategias de actuación del*

*Ministerio de Cultura Español. Pero él ni siquiera se tomó la molestia de redactarlos, ampliarlos o profundizarlos, o por lo menos nombrar alguna comisión que los estudiara y profundizara las estrategias a seguir. Él prefirió llevarse todos los honores. Los presentó así, tal cual como yo, en un borrador bastante preliminar, dejé esbozados, sin pormenorizar. Recién entonces, ya expuesto públicamente como SU proyecto, nombró a una comisión de estudios. Cuando ello ocurrió tuvimos nuestra última y más agria desavenencia, no porque utilizara mis esquemas, que si los dejé fue para que se aprovecharan, sino por no haber intentado analizarlos, profundizar en ellos, darle un contexto más nacional, acorde a los problemas estratégicos de nuestra República, antes de "lanzarlos al mercado". Le eché en cara su pereza crónica, a pesar de su inteligencia, que con el tiempo se estaba convirtiendo más en astucia que en sabiduría, astucia para escalar peldaños y enriquecerse, a costa del trabajo y experiencia de los demás. Quizás fui, aquella vez, un poco brusco con él, que estaba empezando en estos menesteres, lo reconozco, y más ahora que he tenido que ser testigo de su muerte prematura. Pero es que si hay en la tierra algún "pecado" que yo no pueda tolerar, es la pereza. Siempre he manifestado un menosprecio absoluto por la gente perezosa. Y él, Alberto, lo sabía.*

*Con pereza no me refiero al dejar el trabajo abandonado para dedicarse al ocio, no. El ocio lo considero necesario y parte de la estrategia cultural. El ocio puede ser quedarte admirando el amanecer, emocionarte con la lectura de un libro, llorar o reír con la expectación de una obra de teatro, en otras palabras, cultivarte, hacerte humano. Me refiero a la pereza como esa falta de estímulo que nos deja fuera de juego para con nuestros deberes sociales, y más cuando se cumple, o se debe cumplir, con un cargo público. Es un acto de irresponsabilidad que afecta a la nación entera. La pereza no te permite que tus actividades creativas logren su cenit, su punto de máximo desarrollo. Recuerdo que cuando le dicté sofocadamente, aquella vez, toda esa perorata a Alberto, el flamante nuevo Ministro de Cultura, me respondió, y esa fue la última vez que hablamos formalmente, frente a frente, con un chiste muy norteamericano: un padre recriminaba a su hijo, mal estudiante, por sus malas notas y sus magros logros, de esta manera: "a tu edad George Washington tenía las mejores notas de su clase, y todo por su dedicación y esmero". A lo que el hijo le contestó: "Pues a tu edad George Washington era presidente de la república, y qué eres tú...?]*

Hoy nuestra nación ha sufrido una irreparable pérdida. La huella que nos ha dejado grabada nuestro amigo y estadista Alberto Belchites no podrá borrarse tan fácilmente. El consuelo nos será difícil, no sólo a sus seres queridos, sino a la Nación entera. El propio Alberto, como dije en mis palabras preliminares, era consciente que en la vida se entrelazan momentos de nítida felicidad con momentos de dolor y tristeza, y que muchas veces nos preguntamos lo que podemos hacer para mitigar los inmensurables sufrimientos que nos rodean, si no directamente, sí a nuestro pueblo. Y, créanme, Alberto era consciente de que la respuesta a esta interrogante estaba en una propicia e innovadora política cultural. Por eso entregó su aliento y energía a esta admirable labor, a pesar de los estertores de su enfermedad, que lo consumía paulatinamente. Ese es, pues, nuestro

consuelo: la huella imborrable que nos ha dejado, con su obra, Alberto Belchites.


*[Esto no lo puedo negar. A pesar de su estado de "eterna pereza", Alberto ha sido de los pocos que se ha dedicado a promover una política cultural, desde su juventud, en este país de indoctos, cuando era estudiante de la Facultad de Sociología y yo su profesor. Haciéndose eco de mis reflexiones, promovía movimientos culturales populares allí donde pisaba. Claro está, sólo los promovía, le daba mucha pereza ponerlos en acción, continuarlos. Y eso era lo que me exasperaba. Después de todo, los humanos tenemos un cerebro que consume mucha energía, lo utilicemos o no correctamente, ¿no es, pues, un desperdicio de energía no utilizarlo correctamente y positivamente? Era como si Alberto dejara cada intervención suya, que se preveía tan alentadora, a medias. Talento a medias, por culpa de la holgazanería. Pero ahora, reflexionando en estas últimas palabras fúnebres dedicada a su persona, me pregunto: ¿no es esa, precisamente, la función de un promotor o de un ministro: poner en movimiento, promover algo de interés público? Eso Alberto sí lo hacía a la perfección. Ideas, creativas o plagiadas, tenía. Luego, que sus subalternos se encargaran de la puesta en marcha. Viéndolo desde ese punto de vista, quizás no habrá sido tan nefasto que su pereza le obligara a dejar muchos de sus proyectos, originales o no, en manos de comités de reflexión, comités de emergencia, grupos de emprendedores, juntas de acción, y no sé cuántas comisiones más, con distintas denominaciones (los nombres sí eran de su propia cosecha). Al fin de cuentas, estos equipos operativos, conscientes o no, ponen en práctica los nuevos métodos creativos: las tormentas de ideas, los "mind mapping", las analogías inusuales... Y los resultados, guste o no, están ahí: nuestra nación no ha salido del hambre, pero la política cultural ha sido la más desarrollada, la más promovida, la más acrecentada desde que se erigió nuestra nueva República Popular. ¿Propaganda? Puede ser. Es más, estoy seguro que sí. Pero que los que desean defenestrarnos la hayan tenido, desde los inicios, como su primer objetivo de ataque, es una muestra de que funciona, pues pica, escuece. Solo lo exánime no reacciona. Y quién sabe, aún es pronto para pronosticar si nuestra política cultural ha tenido éxito. El éxito lo podrán corroborar los que ahora ocupan los pupitres del colegio que un día ocuparon mi generación y la de Alberto, cuando rijan los destinos de la Nación, si logran erradicar la pobreza, contribuir a la consolidación de la paz, impulsar el desarrollo sostenible y animar el diálogo intercultural. Si ello ocurriera, nuestros dirigentes no tendrán ya las caras de papanatas que ahora presentan nuestros actuales cabecillas (la mía entre ellos, es hora de admitirlo), ni basarán su democracia en las armas ni en las amenazas. No sé si Alberto habrá pensado en ello. Ni siquiera estoy seguro de que no hayamos utilizado el quehacer cultural del mismo modo que los romanos el "pan y circo". Pero sí tengo claro que, a fin de cuentas, siendo yo el promotor de esta política cultural, no puedo ahora despotricar contra ella, ni contra Alberto Belchites, que se convirtió, a los ojos de todos, y a mi pesar, en mi pupilo, en mi discípulo por excelencia, en el seguidor y constructor de mis ideas sobre la cultura. Mi rabia, pues, mi desesperación hacia su persona, ¿no será, mas bien, porque me veo reflejado en el espejo de sus acciones o de sus no-acciones? ]*

## *EL OJO DE LA CERRADURA*

Hace relativamente poco (tres años) se habló en los medios informativos del asteroide 2004 MN4 que, según estimaciones astrofísicas, tendría que pasar en el 2029 cerca de un "trozo" de espacio de 500 metros, o sea prácticamente nada en cifras siderales, pero lo suficiente para desviarlo hacia la Tierra, e impactar con ella en el 2036. El asunto cobró vigencia cuando el piloto del módulo lunar del Apolo 9 solicitó enviar una nave espacial al asteroide, para instalarle un radiotransmisor y determinar las posibles consecuencias.

Ello sin duda trajo a la memoria el caso del (supuesto) meteorito que, en 1908, impactó en Siberia, resultando devastada una vasta extensión de tierra, con bosques arrasados, animales abrasados y que los pocos pobladores de la zona, los tunguses, sintieran un doloroso calor y fueran despedidos al aire.

Sin embargo, lo que más me ha llamado la atención es cómo un pequeñísimo trozo de espacio, a más 30 000 kilómetros sobre la Tierra, pueda afectar de tal modo el recorrido de un asteroide. Y más curioso aún, el nombre con el que los astrónomos llaman a la extensión de susodicho trozo: "ojo de cerradura de resonancia" con el suficiente potencial, unido a la gravedad terrestre, para desviar el rumbo de un asteroide hacia la Tierra, en 2036.

¿Un ojo de cerradura de tal envergadura? Una de las definiciones que dan los diccionarios sobre el vocablo "ojo" es el de "agujero por donde se mete la llave en la cerradura". Se entiende, un agujero pequeño, especial, de los que ya casi ni existen, con encanto y misterio, ya que te deja entrever, más que ver, lo que ocurre detrás de la puerta que dicho ojo de cerradura atraviesa. Si no, refirámonos al mundo de la fotografía o a los innumerables relatos o adaptaciones cinematográficas en los que el ojo de cerradura cobra protagonismo: cerrar un ojo, inclinarse, asomarse y... descubrir  hasta imaginar! lo que pasa más allá de la puerta. En muchos casos, voyerismo en toda su magnitud. ¿Pero un ojo de cerradura en medio del espacio sideral? ¿Quién será el osado que se atreva a atisbar a través de él? Ahora, encanto y misterio no le falta; hasta el mismísimo asteroide 2004 MN4 podría ser la llave que se introduzca por el ojo de la cerradura y abra la puerta hacia la Tierra, sacando a relucir numerosas incógnitas, enigmas por descifrar, futuro incierto. ¿Existirá algún ojo de cerradura más acreditado que éste? Podría acercarse en jerarquía, quizás, el llamado "ojo de cerradura" utilizado en cirugía, en la que el cirujano guía brazos robóticos a través de varias incisiones diminutas en forma de "ojo de cerradura" para realizar la operación. Pero no lo apabulla en cuanto a magnitud.

En fin, creo que estos serán de los pocos ojos de cerradura que perduren más allá del siglo XXI, pues fijémonos: ¿cuántas puertas tenemos en las casas de nuestros días que aún utilizan llaves para aquellos espléndidos y

tradicionales ojos de cerraduras de antaño, capaces de deleitarnos con un agujero lo suficientemente grande para atisbar y... soñar? (Bueno, mi casa no cuenta, pues sus puertas tienen mucho más edad que el abuelo de quien escribe, que ya es bastante, por lo que aún sigo utilizando alguna de esas llaves de antaño, de hierro y con solera, para abrir puertas a través de sendos ojos de cerradura).

En mi infancia tenía un amigo adolescente (más bien de mi hermana mayor), vecino, cuyo mayor distracción era curiosear a través de los ojos de cerradura. No existía ni uno en puerta cerrada que se le resistiera. A través de sus actos y sorprendentes descripciones cultivé mi admiración por los ojos de cerradura en puertas, cofres, baúles, y hasta en el firmamento. De ello también aprendí a observar y a imaginar, a escudriñar y a recrear un nuevo mundo. Pero eso sí, sólo a través de un pequeño agujero, más bien ovalado que redondo, irregular, que siempre se me ha antojado aguitarrado, como silueta femenina bien dotada. Hasta que ocurrió lo que tenía que ocurrir, o no.

Hará cosa de diez años, un día que me tocó llegar a casa tarde, casi de madrugada (por cuestiones de trabajo, no por otra cosa), con el sueño trasnochado, me disponía a sacar mi llavero del bolillo de los pantalones, y he aquí que el llavero había desaparecido. Su lugar lo ocupaba una cavidad sin fondo, un agujero proporcionalmente mayor al del llavero, o al de la propia llave de casa, de por sí mayor que el mismo llavero, no tan grande como aquellas que los judíos se llevaron de Sefarad cuando fueron infamemente expulsados de ella, con la esperanza de volver algún día y recuperar sus hogares, pero sí lo suficientemente grande y pesada para ser la culpable del delito, del desgarró en el bolsillo derecho de mi más querido (y usado) de mis pantalones. Lo primero que pensé fue: "qué raro que no hubiera ocurrido antes, con lo que pesa la condenada". De inmediato, a pesar del cansancio y el sopor (bueno, confieso que alguna copita demás tendría), sabía que tenía que pensar en una solución, si no quería pasar la noche en el portal de casa. Tocar el timbre significaría despertar a mi mujer, al bebé, a la hija mayor, a la suegra, al perro, al gato y a las tortugas, con los consecuentes rapapolvos. Esa sería la última solución. Como acto reflejo me incliné, ajusté mi ojo al otro ojo, el de la cerradura, costumbre irracional que ya se había convertido en parte de mi idiosincrasia, con la esperanza de descubrir alguna luz, algún personaje que estuviera despierto a esas horas y que fuera capaz de abrirme sin despertar al batallón para el zafarrancho de combate. Atiné, atisbé y... lo que advertí me dejó más patidifuso de lo que estaba: la pequeña lámpara de mesa del salón estaba encendida y alumbraba tenuemente al sofá, y sobre él estaba mi mujer, en ropa interior, sonriendo alegremente a otra figura humana ubicada fuera del foco del ojo de la cerradura. Serían ideas mías, pero la adivinaba sofocada, más colorada que de costumbre. No sabía qué pensar, pues no quería hacer conjeturas a priori, pero los susurros que acertaba escuchar casi no dejaban lugar a dudas. Algo más que placentero entre sus protagonistas estaba ocurriendo

allí, a tan solo dos metros de mí, con puerta de por medio: mi mujer y alguien más divirtiéndose de lo lindo, y yo detrás de un miserable ojo de cerradura intentando escrutar lo que ocurría, procurando no sacar las cosas de quicio, tratando de comportarme civilizadamente. De pronto la figura acompañante, desnuda y masculina, cayó sobre mi mujer, reposándola sobre el sofá, él encima, aunque no podía ver si la besaba, pues sus rostros habían quedado fuera del punto de mira del dichoso ojo de cerradura. El color encarnado que antes había adivinado en mi mujer, ahora se había apoderado de mi rostro, y creo que de todo mi cuerpo. Podría asegurar que los susurros y suspiros empezaban a subir de tono. Por un momento pensé en mi suegra, en la hija mayor, en el bebé, en el perro, en el gato y hasta en las tortugas... ¿dónde estarían? Pero la mente humana es traicionera, impredecible, y a mi pesar, muy a mi pesar, la excitación se hizo presa de mi cuerpo; una corriente eléctrica y exaltada se apoderó de mí ser de forma placentera, a pesar de mis intentos por volver mis pensamientos a suegra, hija, bebé, perro gato y tortugas. Fue imposible. Mientras más subía mi libido, el gozo se hacía mayor y más apretaba mi maltrecho ojo al otro ojo, el de la cerradura, la maldita cerradura que ahora maldecía porque no quería ampliar su campo de visión. Mis oídos también intensificaron su frecuencia. Me mente se encontraba en ese instante en una violenta pugna entre desterrar lo que mi cuerpo codiciaba, por una parte, y proclamar revancha y represión, por otra.

Cuando también mis exhalaciones subían de tono, ocurrió una nueva situación que dio otro giro a los acontecimientos: en un momento dado la estampa masculina se incorporó, atrayendo hacia ella a mi mujer, propinándole el más ardiente de los besos, aquél que hubiera deseado ofrecérselo yo. Y en ese instante pude descubrir su rostro, jadeante y sudoroso. ¡Era el mío! ¡Era yo quien en esos momentos estaba brindándole la mayor de las caricias, el mayor de los actos amorosos a mi propia mujer! Lo veía claramente a través del ojo de la cerradura con forma de guitarra, de mujer proporcionada, incrustado en la puerta de entrada de mi casa. Parecía imposible, pero era cierto.

No puedo describir con palabras los sentimientos y emociones que en aquel momento bullían en mí. ¿Envidia de mí mismo? No era lógico. Yo también quería estar allí, conmigo mismo, al otro lado del ojo de la cerradura. Y también quería sentir el morbo de mirar sin ser visto, ser el fisgón de turno. Pero no, mi deseo de estar allí dentro con mi mujer y conmigo mismo, era mayor, superlativo. A fin de cuentas siempre soñé, en mis fantasías más íntimas, aquellas que no se pueden pronunciar en alta voz, con un "*ménage à trois*", y ahora era mi oportunidad, ¡qué mejor ocasión de que fuera yo mi propio contrincante! Pero este maldito ojo de cerradura se interponía entre mi sueño hecho realidad, y la realidad hecha sueño, consumándose a tan pocos metros de mi presencia. Por vez primera maldije a la pesada llave de hierro, maldito el momento en que se le ocurrió romper el bolsillo y escapar. El sueño que me consumía ya se había ido a paseo. Solo quería

entrar, penetrar (☒ nunca mejor dicho!) aunque fuera por el mismísimo ojo de la cerradura. Eran tal mis elucubraciones que ni me enteré cuando mi propio ojo derecho se encajó con el de la cerradura. Sólo reparé que mi ojo se infiltraba por tan solemne agujero, y tras mis ojos, mi nariz, mi boca, mi mentón, mi rostro entero. Dolor y deseo se fundieron. Una vez percatado del fenómeno, me empleé a fondo, con todas mis fuerzas para introducir mi cuerpo, todo mi yo, a través del ojo de la cerradura: donde cabe un ojo cabe el universo. Empujé, presioné, estimulé a cada una de mis células, a cada uno de mis órganos para introducirme a través del ojo de la cerradura de la puerta de mi casa. "El que sigue la consigue", me repetía mentalmente, cuando de pronto, inesperadamente, una fuerza violenta pero nada dolorosa me atraía, me empujaba hacia su centro gravitacional, para dirigir mi recorrido directamente hacia el sofá donde mi mujer, jadeante, se recostaba. Impacté sobre ella como un meteorito sobre la tierra, atraído por su gravedad. Como meteorito penetré en su cavidad, expeliendo ardor, humor, detonación incontrolada.

Es curioso, pero cuando recobré la compostura, descubrí que mi otro yo había desaparecido, más bien presentí que se había fusionado conmigo, como tenía que ser. Y juré que no haría preguntas sobre lo acontecido. Fue tal la delectación que sentimos mi mujer y yo en aquel inverosímil instante, que no quise romper el embrujo con preguntas, ni ahora ni nunca. Mi mujer, finalmente, rompió el hechizo del momento al comentarme, entre mimo y caricia, que de pronto el iris de mi ojo derecho había adoptado una forma irregular, algo así como si un ojo de cerradura se hubiera incrustado en mi pupila. Lo que en términos médicos se define como "coloboma del iris". No hubo respuesta ni extrañeza por mi parte, tan solo una leve sonrisa y un presentimiento, muy en mis adentros, de que detrás del ojo de la cerradura en la puerta de entrada de mi casa, pero en su cara exterior, alguien nos espiaba. ¿Mi otro yo?

Por eso, cuando hace tres años oí por primera vez sobre el asteroide 2004 MN4, que atravesaría el "ojo de cerradura de resonancia" espacial, para dirigir su rumbo hacia la Tierra y penetrarla, mi propia e íntima experiencia con el ojo de la cerradura de la puerta de entrada de mi casa, de la que nunca quise hablar, retornó a mi memoria, tan rápido como una cometa atraviesa el firmamento. Y desde entonces no he podido sacármela de mi ojo, de mi mente, de mi cuerpo. Y por eso hemos decidido (hablo también en nombre de mi otro yo) exponerla públicamente, con la esperanza de que sirva de terapia positiva y, de esta forma, liberarnos de tan tremenda sobrecarga. Con el ojo de la cerradura incrustado en mi propio ojo, mi particular "coloboma del iris" (que dicen puede ocasionar imágenes fantasmas), me basta como recuerdo.

*En la dimensión, el universo:  
en su despegue el alma lo atraviesa  
una milésima,  
un exiguo ojo de cerradura*

*llave que en la travesía  
busca su mejor atajo  
para dejar inscrito, penetrante,  
su legado,  
trazos sin cuestionamientos.*

## COMPRENDO QUE SOY IMAGINARIA

Como socióloga y escritora comprometida, siempre me ha interesado estudiar la Cultura (así, con mayúscula y en singular) de la Humanidad, lo que quiere decir, todas las formas y expresiones humanas, su creación, desde sus costumbres a sus normas, desde su arte a su tecnología, desde sus ritos a sus creencias. A fin de cuentas, son las habilidades de los seres humanos las que establecen y plasman su cultura, lo que nos hace humanos, racionales, críticos y, en última instancia, lo que debería hacernos comprometidos éticamente, apuesta a la que no frecuentemente se llega.

Ahora bien, sin entrar en posturas o controversias religiosas o espirituales, ¿cuál podría ser el punto de partida, la chispa generadora de ese grado de desarrollo crítico, que hace posible que el hombre crea e innove? No hay duda: la capacidad de imaginación de nosotros, los Humanos. Ese gran ejercicio del cerebro humano, la imaginación, es lo que nos hace idear primero y crear después, cosas nunca vistas, a partir de algo preexistente. Es la imaginación, creadora de fantasías que pueden materializarse, la que nos hace abstraernos de la realidad, para luego devolverle a la misma algo nuevo, útil en algún sentido. Ya decía Einstein en el siglo pasado: "lo que puedes imaginar lo puedes crear", para luego apuntalar: "La imaginación es más importante que el propio conocimiento". Por su puesto que existe todo un proceso desde que la imaginación humana se pone en funcionamiento, hasta que el resultado sale a la luz, cobra forma real, específica. Mi imaginación podría quedarse solo en eso, un proceso imaginario que no logre concretarse. Para que ello ocurra, me es preciso un proceso creativo que dé por resultado mi obra personal, un resultado único y satisfactorio, por lo menos para determinado grupo social en un espaciotiempo específico. Y el proceso podría -y debería- ir más allá, llegar al estado que los sociólogos llaman de innovación, en el que puedan aplicarse las nuevas ideas, inventos, conceptos, productos, de manera tal que lleguen ser útiles y productivos.

He de confesar que tengo una imaginación que podríamos llamar "sublevada", fecunda, que no siempre (más bien pocas veces) llega a buen puerto. Soy capaz de perderme entre nubes de ideas, cúmulos de modelos y percepciones fantásticas; adentrarme en el mundo de la imaginación por horas enteras, sin salir de allí, hasta que, como en el caso del arpa de Bécquer o del Lázaro bíblico, una voz me despierte, me estremezca del "ángulo oscuro", repitiéndome: "levántate y anda". Y, también es mi deber confesar, toda esa imaginación se disipa, cual las nubes en el firmamento, con un simple cambio de viento, y tal como se disipan, desaparecen, se olvidan. Entonces mi humor se agria, entra en crisis. (Esto me vuelve a traer a colación la citada idea de Einstein en cuanto imaginación, puesto que continúa apuntalando que "en los momentos de crisis, sólo la

imaginación es más importante que el conocimiento." Bueno, con relación a mi humor en crisis es preferible que deje aparcada mi imaginación y ponga en práctica mis conocimientos, si quiero el sustento para y mí y para mis dos hijos). A pesar de todo, la imaginación se ha convertido para mí, y me imagino (nunca mejor dicho) que para muchos otros entes pensantes, en mi función vital, en motor y eje primordial de mi quehacer como ser humano.

En este instante en que escribo, por ejemplo, mi cerebro, evidentemente, está en funcionamiento. ¿Y podría estarlo sin que la imaginación salga a flote? Para yo poder plasmar estas ideas escritas en papel o en ordenador, antes, aunque sea milésimas de segundo antes, tendría que habérmelas imaginado, formado dentro de mi proceso intelectual y creativo. Así, parafraseando a Descartes, diría: "Si imagino, luego existo". ¿No es, pues, el pensamiento, una condición de la imaginación? ¿O la imaginación del pensamiento? ¿Pienso e imagino simultáneamente? ¿Existo, por ende, o soy un producto de mi propia imaginación? En este momento, créanme, no estoy muy segura de existir como ente o de ser, simplemente, producto de mi propia imaginación...

Podría estar en estos momentos imaginándome sentada frente a una computadora, tecleando palabras que, al parecer, tienen sentido ¿o no? Estoy aquí sola, o me imagino estarlo, sin que nadie lo atestigüe, pretendiendo escribir, presionar con mis dedos un teclado adherido a un artefacto, que tampoco sé si existe en la realidad o en mi colectivo imaginario. Ya he pretendido explicar que para que se convierta en hecho consumado, en realidad, el proceso de imaginación ha de pasar por distintas etapas, la creatividad, la plasmación de lo imaginado, esto es, lo creado, y la innovación. ¿Y cómo puedo asegurar que yo, María de la Encarnación Fantás Magor haya atravesado por todos esos procesos, me haya hecho real, concreta, material? Mientras escribo, o me imagino que escribo, les aseguro, no puedo aseverar con certeza de que sea una realidad. ¿Y puede alguien aseverar que no soy un ser imaginario? Imaginemos que algún ser concreto lo asegura. ¿No podría ser, acaso, un producto de su propia imaginación?

En fin, descubro que puedo ser imaginaria: Me he creado a mi misma, a mis circunstancias, al medio que me rodea. Ya sugerí que soy de imaginación fecunda, desbordada (creo que utilicé el vocablo "sublevada"). Y aquí lo confirmo. Así que, aunque pretenda que alguien pueda leer esto, mientras no se atestigüe lo contrario, tanto yo como mi manifiesto pertenecemos, por consiguiente, al terreno de la imaginación.

Yo, María de la Encarnación Fantás Magor comprendo, finalmente, que soy un ser imaginario. Sin embargo, como anotó un escritor contemporáneo, "cada quien vive en el mundo que es capaz de imaginar". Por consiguiente, sigo viviendo en el mundo que me imagino a la espera de que otro me convierta en su realidad.